

La “Guerra de las Misiones” en Oceanía

C. A. Caranci



LOS misioneros han sido protagonistas importantes en la historia de la penetración europea en otros continentes. Este brazo, armado de cruz y breviario, del colonialismo, se movió casi siempre al unísono con el brazo armado de espada. Pero, en ocasiones, actuó autónomamente, ajeno a las maquinaciones de los gobiernos europeos, e incluso llegó a erigir vastos y sólidos dominios territoriales independientes, inspirados por la religión y por la eficacia material, que se convirtieron en duras teocracias. Algo de esto saben los indios californianos, colombianos y paraguayos, entre otros, y lo saben los filipinos, ciertas comunidades de la China Imperial, y los habitantes de los Mares del Sur... Esta pretende ser, precisamente, la historia de uno de esos momentos —la implantación misionera en Oceanía—, que preludia y prepara la conquista imperialista occidental, por medio del amaestramiento físico, pero, sobre todo, espiritual y cultural de los habitantes de los dispersos archipiélagos melanesios, polinesios y micronesios.

Europa llega a Oceanía en el siglo XVI, pero la verdadera ocupación se inicia a fines del XVIII, no habiendo finalizado del todo aún hoy. Punta de lanza de esta penetración fueron los misioneros; su cabeza de puente, las misiones; su quinta columna, la asimilación y destrucción culturales. Kukailimoku, el dios de la guerra hawaiano (en la imagen) es como un símbolo, a un tiempo, de la resistencia y del declive de las civilizaciones oceanianas.

LA PENETRACION EUROPEA EN OCEANIA

Por su lejanía de Europa, por su extensión y por las dificultades de navegación, Oceanía ha sido el último continente en ponerse en contacto con los europeos. La primera relación se remonta al siglo XVI, aunque, como las del XVII, tienen escasa influencia en la historia del océano. Sólo las del XVIII pueden considerarse profundas.

A diferencia de América, pues, Oceanía es ignorada por Europa durante siglos enteros después de las primeras visitas, no desarrollándose ni siquiera algún tipo de comercio como en el caso de África o Asia.

Pese a ello, Oceanía no permaneció aislada. Durante milenios las relaciones de todo tipo con Asia y, parece ser, con América, fueron frecuentes. Ya las grandes migraciones que poblaron Oceanía provenían del sur y este de Asia y los migradores se vieron forzados a recorrer enormes distancias hasta alcanzar el Pacífico central u oriental. El escalonamiento en el tiempo de las oleadas migratorias permitió que las más recientes fuesen aportando nuevas técnicas, usos y creencias; las aportaciones siguieron una secuencia inalterada desde la llegada de los tasmanios, hace diez o quince mil años, hasta la de los micronesios, hace, quizás, no más de mil.

Tasmanios, australianos, melanesios, polinesios y micronesios crearon cinco focos de civilización principales, muchos de cuyos elementos perduran aún hoy día, y cuando los europeos entran en el Pacífico no sospechan siquiera la extraordinaria solidez de las sociedades y entidades políticas, y la magnitud de los intercambios económicos y culturales entre unas y otras.

Los europeos:

La penetración europea se desarrolla en cuatro etapas principales: una etapa «exploratoria» (siglo XVI); una etapa comercial-geográfica (siglos XVII-XVIII); otra misional-comercial (siglos XVIII-XIX); y una última imperialista, desde la última mitad del XIX hasta hoy.

Portugueses y españoles retienen el dudoso honor de haber sido los primeros europeos en entrar en contacto con los oceanianos: en 1521 Magallanes y los suyos tocan las Marianas, en Micronesia, arrasan un pueblo, roban víveres y descansan unos días en Guam.

Luego, hasta el XVII, los contactos se multiplican: islas Salomón (1567), Santa Cruz, Nuevas Hébridas en 1605 (en Melanesia), Marquesas (en Polinesia...). A las tomas de posesión más o menos nominales y formales (1) los españoles suman la penetración religiosa, primer capítulo en los intentos misioneros europeos: en 1665 los jesuitas inician su cometido en las Marianas, y luego pasan a las Carolinas.

En estas fechas el poderío español ha disminuído, su imperio se mantiene pero apenas aumenta, ya holandeses e ingleses están desplazando a los españoles y comienzan la nueva carrera de «descubrimientos» geográficos y dan los primeros pasos comerciales en las «islas de escala obligada».

Pese a los «descubrimientos» Oceanía prosigue su evolución peculiar durante los siglos XVI y XVII, ajena totalmente a lo que Europa pueda significar para bien o para mal: los escasos choques armados o la

(1) Los habitantes de la mayor parte de los archipiélagos siguieron ignorando que se hallaban bajo «dominio» extranjero, muchos hasta el siglo XVIII y aún el XIX, lo que da una idea de lo nominal de las anexiones europeas.

difusa dominación española sobre Filipinas, Carolinas, Marianas y Palaos no dan idea, aún, de lo que va a ser la ulterior penetración extranjera.

El siglo XVIII:

Con el siglo XVIII, el siglo ilustrado, se constatan los primeros síntomas del importante giro que se va a producir en el Pacífico. La revolución industrial incipiente y el mercantilismo han empujado ya a los europeos a intentar acaparar el mayor número posible de mercados, de consumidores para sus mercancías, en tanto que sobre los balleneros, negreros y misioneros va a recaer la responsabilidad de los primeros contactos prolongados y de los primeros momentos del saqueo organizado y de la destrucción de culturas y poblaciones.

Antes, durante los dos siglos anteriores, los europeos se contentaban con la mera disponibilidad de rutas y escalas y, todavía no ingenuamente orgullosos de su civilización, trataban a los oceanianos, que siempre los recibieron bien, de igual a igual. A partir del XVIII, junto con la escalada industrial y científica, los europeos inician la de su complejo de superioridad, orgullosos de los aún escasos adelantos técnicos, y comienzan a preocuparse por la búsqueda de poblaciones «naturales» que observar e «ilustrar» (2).

Paralelamente, las iglesias cristianas, ajenas al espíritu iluminista, pero dotadas del mismo complejo de superioridad y de la misma mentalidad proselitista, se vuelcan

(2) Los ilustrados se comportarán, en el campo extraeuropeo, según el esquema habitual del progresismo occidental: avanzados con respecto a Europa, reaccionarios en relación a lo no europeo. Así, un libre-pensador como Voltaire dará muestras del más tradicional racismo hacia los negros.

El Siglo de las Luces fue pródigo en viajes científicos: los de Cook, entre 1768 y 1780 —año de su muerte, que recoge el grabado de la página siguiente—, proporcionaron a Europa una imagen relativamente amable de las sociedades del Pacífico, que misioneros, comerciantes y funcionarios olvidarian pronto, o ignorarían. En la ilustración anexa, mapa del primer viaje de Cook.

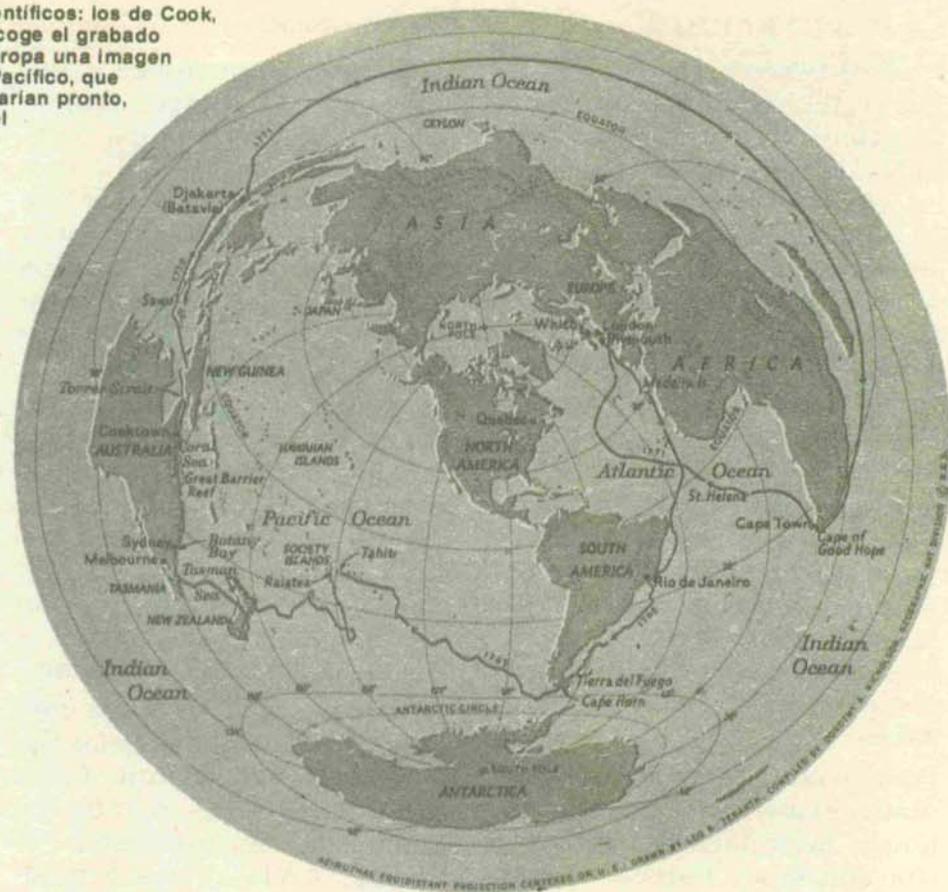
sobre el Pacífico para «convertir a canibales y fornicadores».

Sobre la base de lo llevado a cabo en el siglo XVIII, Europa, sobre todo a partir de los años posnapoleónicos, delimitará sus esferas de influencia, tratando de englobar en ellas a mercados, poblaciones, rutas y puertos, lo que preludia la marcha hacia el monocultivo de los siglos XIX y XX y hacia la dominación colonial directa. Pese a todo, hasta 1850 Oceanía logra mantenerse en pie. Poco después la situación se deteriora rápidamente y, desde 1870 el Pacífico es repartido entre las potencias occidentales. Pero ésta es otra historia.

UN OCEANO PARA CONVERTIR

Dice Julien que la intervención extranjera en Oceanía «fue determinada menos por la rivalidad de los imperia- lismos que por la guerra sa- grada entre misiones protes- tantes y católicas»: los pasto- res aconsejaban a los dirigen- tes oceanianos que favorecie- sen a Gran Bretaña, y los sacerdotes que favoreciesen a Francia. Añadamos que el pe- ríodo misional se caracteriza no sólo por la continuación del desorden traído por los pri- meros europeos, sino por el general hundimiento de las instituciones religiosas locales, con frecuencia base de las políticas, y por la alteración general de las sociedades.

Los primeros misioneros fue- ron, si exceptuamos a los je- suitas españoles en Microne-



sia, los protestantes, sobre todo británicos e irlandeses, que seguían a los comercian- tes, o viajaban por su cuenta, movidos por el nuevo empuje religioso y por el renacer evangelizador, paralelo a las corrientes racionalistas lai- cas, y fueron contemporáneos de los viajes científicos de Cook, Wallis, Carteret, La Pé- rouse y Bougainville, entre otros.

Pastores de Dios:

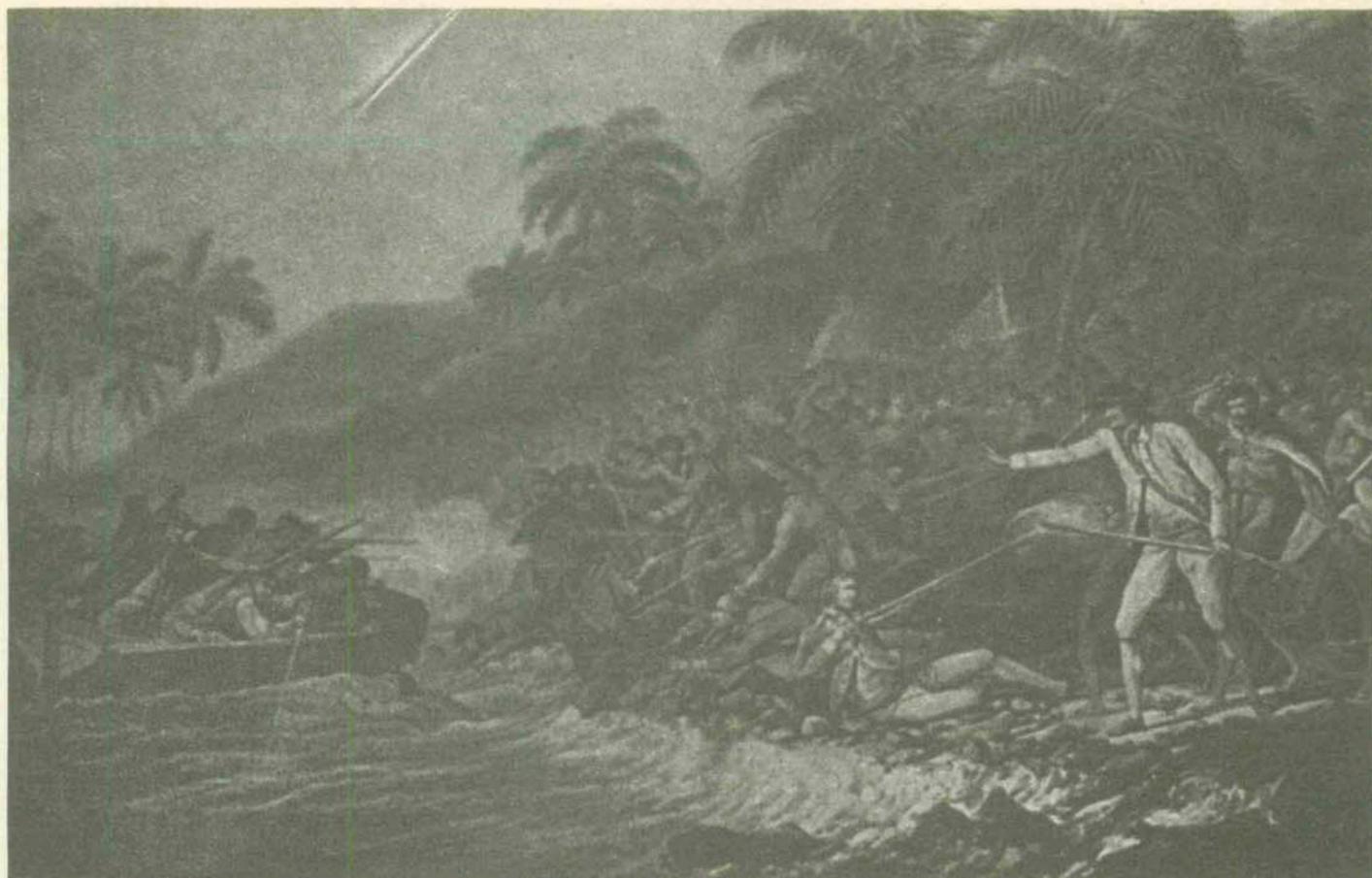
En Europa se habían fundado numerosas sociedades misio- neras: la Sociedad Baptista, BS, en 1792 y la Sociedad Mi- sionera Londinense, LMS, en 1795, ambas no-conformistas; la Sociedad Misionera de la Iglesia, CMS, anglicana, en 1799; la Sociedad Misionera Wesleyana, WMS, metodista, en 1814; y la presbiteriana Mi- sión Melanesia, MM; (3). To-

(3) A las que hay que añadir la estadou- nidense Misión de Boston, BM, congre- gacionalista, en 1820, los mormones,

das ellas, pese a sus diferen- cias, solían trabajar de común acuerdo. No contaron, al me- nos en los primeros años, con el apoyo de sus gobiernos, en especial del británico, poco interesado, a la sazón, en la adquisición de nuevas tierras, tras la difícil conquista de la India y la pérdida de lo que luego se convertiría en Esta- dos Unidos.

Las sociedades misioneras se opusieron en un comienzo a las conquistas coloniales, con el fin de mantener las manos libres en los archipiélagos y tratar de manejar a las dinas- tías locales o más sutilmente, influir sobre ellas, en especial sobre aquéllas cuya estabili- dad se había debilitado por la oposición separatista o nobi- liaria, o por las ansias impe- rialistas de sus vecinas. Sólo progresivamente la actividad

bastante más tarde el Ejército de Salva- ción, también norteamericanas, la Utre- chte Zendings-Vereeniging, holandesa, y la Sociedad Japonesa Evangelista de los Mares del Sur.



misionera interesará a los gobiernos europeos, a quienes, por otro lado, no disgustó nunca la existencia de monarquías «cristianas», pues ello podría facilitar, cuando menos, el comercio, sin las graves responsabilidades anejas a la administración colonial directa, según un esquema semejante a la posterior **indirect rule** británica.

Los establecimientos británicos:

El comercio británico solía prosperar allí donde se establecía una misión: desde fines del siglo XVIII los puestos misioneros protestantes se multiplican, extendiéndose prácticamente a todos los archipiélagos, si bien el control religioso no gozó de la misma intensidad en cada uno de ellos, oscilando desde un control meramente nominal hasta la instauración de verdaderas teocracias.

En 1797 la LMS se establece en Tahití, en las islas poline-

sias de la Sociedad, y en las también polinesias de Tonga. La conversión de Pomare II, de Tahití, en 1812, permitirá abrir sucursales en las vecinas islas Tuamotu y en las Marquesas.

La CMS actuó primero en Australia, para pasar en 1814 a Nueva Zelanda, con Samuel Marsden, que se lanzó ansiosamente a la compra de tierras a los nobles maories. La WMS se instaló también allí (1819), y luego en Tonga, Fiji y las islas de la Lealtad (1841). La MM se instaló con grandes dificultades en Nuevas Hébridas, y la BM, en Hawaii.

Actuar desde abajo se reveló poco eficaz, pues el pueblo solía estar aferrado fuertemente a sus creencias y cultura; actuar de arriba a abajo se reveló más rentable, pues las clases dominantes, sobre todo las polinesias, como sus colegas del resto del mundo, preferían mantenerse en el poder y conservar sus privilegios, mostrándose más pragmáti-

cas y acomodaticias que sus súbditos. Intuida esta regla política, los misioneros mostraron a su vez gran capacidad para sustituirse, si era necesario, a los dirigentes oceánicos, y hacer de muchos de ellos amigables ejecutores.

FRANCIA EN EL PACIFICO

Aproximadamente hasta 1820 la tranquilidad misional es casi total: nada de competencia religiosa, política, ni económica; leve ingerencia por parte de los gobiernos europeos, tolerancia por parte de los isleños —sorprendidos, por una vez, agradablemente, al recibir a los primeros europeos que no llegaban con las armas en la mano y que, al menos en parte, respiraban sinceridad, aunque sus ideas y actitudes pudieran parecer molestas, extrañas o ridículas a melanesios y polinesios.

La paz dura poco. Pronto aparece un factor de inestabili-

dad: las misiones francesas, es decir, católicas.

Estas, tras el paréntesis revolucionario de 1789 a 1815 habían sido particularmente favorecidas por la monarquía restaurada, ansiosa de atraerse a los católicos, y dotadas, además, de abundantes medios —al contrario que las protestantes—, apoyadas oficialmente, e imbuídas de la idea de combatir en dos frentes: contra los «herejes» (los protestantes) y contra las «supersticiones» locales. En 1818 se crean los Maristas (PPMM), en 1822, la Sociedad para la Propagación de la Fe (SPF) y, en el mismo año, reinician sus actividades la Sociedad de Misiones Extranjeras (SME) y los Picpusianos (MP).

Por si fuera poco, en 1829 se ratifica la «unión íntima entre el gobierno y las misiones», y el Papa da su visto bueno con la creación, en 1835, de dos vicariatos oceanianos, uno oriental, encomendado a los Picpusianos, y otro occidental, a los Maristas. Pronto habría misioneros franceses en toda Oceanía, salvo en las islas españolas.

Los establecimientos católicos:

Mientras las «exploraciones» francesas prosiguen, encabezadas por Dumont d'Urville, Thierry (en Nueva Zelanda), Duperrey, y otros, y aunque la caída de los Borbones detiene por un momento este alarde misionero, la MP desembarca en las islas polinesias de Gambier (1834), luego en Tahití y en las Marquesas (1838); los Maristas se instalan en Futuna y en Wallis en 1837, pasando luego a Nueva Zelanda (1838), a Fiji (1844), a Samoa y a Nueva Caledonia, adelantándose a los protestantes. Una nueva orden, la de los Sagrados Corazones de Issoudun (1855) es encargada de las Gilbert, en Micronesia, y de Nueva Guinea y, más tarde, benedictinos y salesianos se dirigen a Australia.

CONVERTIR COMPETITIVAMENTE

En general, los misioneros de uno y otro bando se mostraron notablemente dinámicos, y la competencia intercristiana

llegó a extremos inauditos, incluso mezquinos y ridículos, dignos de las querellas religiosas europeas del siglo XVI. La intransigencia estuvo a la orden del día. Llevaban a cabo verdaderas «carreras de conversiones», se robaban los neófitos unos a otros, no arrojándose frente a la posibilidad de conflictos o guerras entre los reinos locales, y llegando incluso a fomentarlos.

A diferencia de la mayor parte de los protestantes, los católicos, poco acostumbrados a compartir posibilidades evangelizadoras, por provenir generalmente de países confesionales, se mostraban exclusivistas y brutalmente proselitistas, tratando de convertir formalmente al mayor número de individuos, sin importarles la «persistencia del paganismo oculto», como se ha reconocido en el mismo Concilio Vaticano II.

Para mantenerse, los misioneros se unieron en ocasiones a simples aventureros, a quienes involucraron en sus querellas, que provocaron la intervención «policial» de Francia, Gran Bretaña o Estados Unidos, protegiendo o parando los pies a los vehementes cosecheros de almas. Paralelamente, a la actividad misional se unió la brutalidad de balleneros, comerciantes y esclavistas y, hacia 1845, la de los primeros colonialistas europeos, que preparará la crisis del sistema misionero.

PRELUDIO IMPERIAL

A fines de los años 40 los dominios europeos en Oceanía son aún escasos, aunque el control indirecto aumenta en intensidad. Las misiones ejercen su autoridad sobre gran número de monarquías. Es ahora cuando estallan las crisis hawaiana y tahitiana.

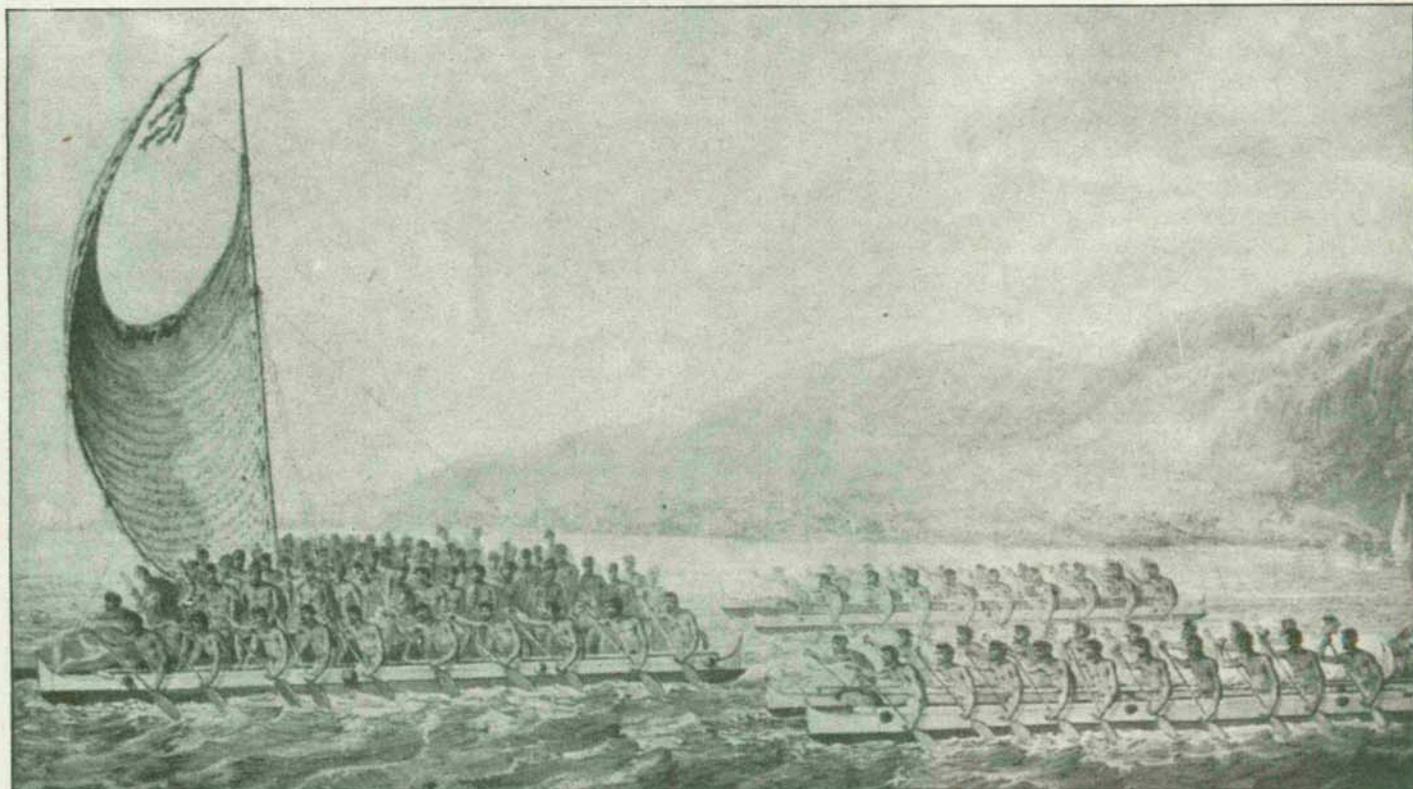


Los nobles maories, como el del grabado, no sospecharon siquiera cuáles eran los designios de la Sociedad Misionera de la Iglesia, cuando inició, hacia 1814, una verdadera campaña de compra de tierras, ... que para los antiguos neozelandeses apenas representaban más que una cesión temporal, según su Derecho de la Tierra. De ahí a las cruentas guerras anglo-maories de mediados de siglo, sólo hubo un paso.

Las crisis diplomáticas de Hawaii y Tahití, que llenaron la historia de Polinesia durante más de 30 años (4) han de comprenderse a la luz del contexto creado por los mi-

había conseguido controlar a la dinastía de los Pomare y obtenido la expulsión de los Picpusianos (1836), sin contar apenas con la reina Pomare IV. De la crisis que siguió, en

a establecer una verdadera dictadura no ya misionera, sino laica, so capa del protectorado, aceptado finalmente por Guizot en 1843. Pero tras una nueva crisis



Durante un tiempo, entre fines del XVIII (grabado) y fines del XIX, la dinastía hawaiana de los Kamehameha fue zarandeada entre los misioneros británicos, franceses y estadounidenses. Finalmente, después de 1860, iría convirtiéndose a Hawai en colonia de Estados Unidos.

sioneros y de la alternancia interés-desinterés de los gobiernos francés, británico y estadounidense. Si en Hawaii los misioneros protestantes dirigían más o menos la política de la dinastía de los Kamehameha, en tiempos de Kamehameha III, pero sin amenazar directamente la independencia del archipiélago, la llegada de los Maristas franceses (1826) degeneró en un conflicto internacional grave.

Peor aún fue el caso de Tahití: aquí, la LMS había (1824) enviado al aventurero-pastor protestante Pritchard, que

(4) Y que hizo conocer en Europa el nombre de Pomare, utilizado por algunos grandes escritores ochocentistas.

la que se vieron involucrados los tahitianos, salieron vencedores los franceses, al obtener para los católicos todos los privilegios de que antes gozaban los protestantes (1839), más uno nuevo, que horrorizó a los austeros misioneros londinenses: la importación de vino y aguardiente franceses. En tanto que Londres seguía indeciso, París se lanzó decididamente a la conquista diplomática de Oceanía: en 1842 Dupetit-Thouars puso pie en las Marquesas. Gran Bretaña, para evitar ulteriores problemas, firmaba con Francia un acuerdo que reconocía la independencia de las Hawaii (1843), acuerdo reconocido por Kamehameha IV. Respecto a Tahití, Francia iba

tahitiana (1847) y tras los levantamientos de las Marquesas, seguido de una revuelta en la misma Tahití, Francia se ve obligada a modificar su política oceaniana, quedando reducido su imperio del Pacífico al control directo de la dinastía de los Pomare, dejando, en los demás archipiélagos, que los misioneros fortalecieran su poder e instaurasen verdaderos Estados teocráticos, semejantes al de los jesuitas en Paraguay.

LAS DICTADURAS MISIONERAS

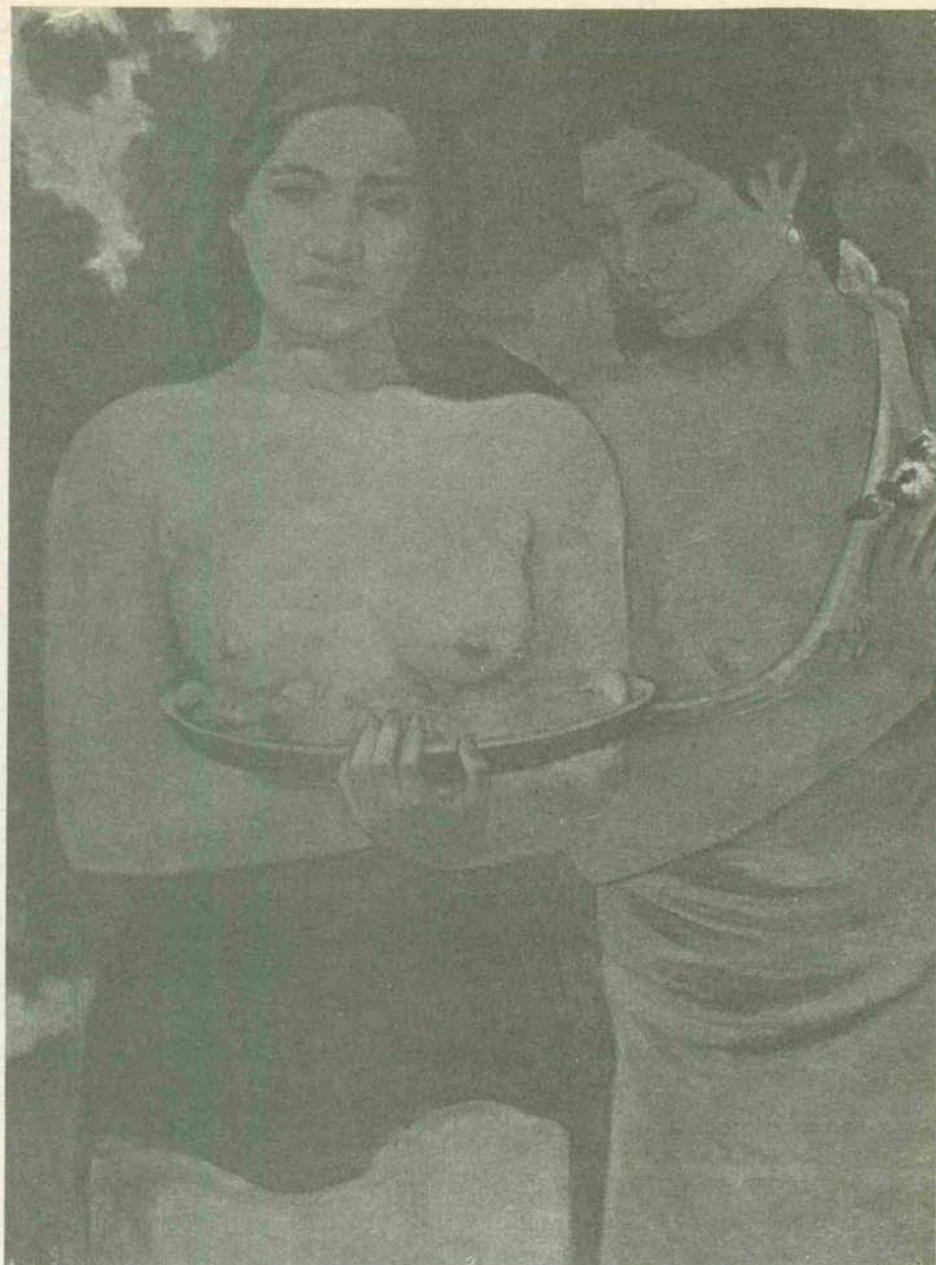
Es ya clásico el ejemplo de las islas Gambier. Aquí el padre Laval, francés, ejerció una

bestial dictadura durante más de treinta años, *dirigió la vida* del país, monopolizó la economía (sobre todo el comercio de perlas), extrayendo al año ganancias del orden de los 60.000 a 70.000 francos franceses del tiempo. Por medio del secreto de confesión él y sus compañeros conocían el sentir del pueblo. Gobernaba por medio del terror, juzgando severamente «las malas costumbres de los salvajes», los cuales podían ser sometidos a castigos tales como corte de pelo (para las mujeres), flagelación (para los hombres) y diversos grados de mutilación, de todo tipo, y manteniendo a sus feligreses en un oscurantismo institucionalizado, logrando controlar así a las dispersas jefaturas gambierianas. Cuando el «escándalo de las Gambier» fue conocido, Laval fue llamado por su Orden. Pero ya era tarde para que sus exsúbditos pudieran recuperarse.

En Tahití, donde la monarquía era fuerte y unitaria, y donde existía la competencia del gobierno francés, no se instauró una teocracia, aunque el control sobre la familia real por medio de conversiones y reconversiones fue efectivo.

En Wallis el padre Bataillon (1837) logró que el monarca apostatase y que la isla se convirtiese en un centro de irradiación del catolicismo. El control misional era fuerte, siendo obligatoria la misa dominical—en caso contrario el transgresor podía verse obligado a pagar una multa—; periódicamente se procedía a inspeccionar la virginidad de las muchachas solteras; se constreñía a los adultos a trabajar para los misioneros, etc. Todo ello provocaba lo que se conoce por **folau hola** o «huída loca» por parte de los desesperados wallisianos.

El intento de erigir una teo-



Gauguin. Melville o Stevenson, entre otros, son, con respecto a Oceanía, lo que Loti, Wren o Rimbaud son para África: creadores de paisajes y ambientes ensoñados, seudohumanizados, artificiosos, como para europeos cansados de la «vieja Europa». En las ilustraciones, tumba de Stevenson en las islas Samoa, y dos tahitianas vistas por Gauguin.

cracia en Nueva Caledonia fracasó. Por lo que los sacerdotes optaron, para obtener un elevado número de conversiones, por bautizar a los individuos en artículo de muerte, en masa, o simplemente cuando pasaban por delante de la misión, sin saberlo ellos.

En Tonga los británicos habían entablado relaciones con la dinastía Tu'i Tonga, uno de cuyos monarcas, Taufā'ahau Tupou (luego rebautizado

Jorge I, en honor de Jorge III de Inglaterra) logró, en 1830, extender su autoridad sobre buena parte de las islas, y, nuevo Recaredo, decidió saborear el cristianismo, con la ayuda de un compatriota protestante wesleyano, y usarlo como instrumento de expansión. Recorrió el país destruyendo ídolos y encarcelando a los sacerdotes locales, bautizando por la fuerza a sus súbditos y, luego, conquistando todo el archipiélago.

Pudo, incluso, convencer a Thakombau, un gobernante del vecino archipiélago melanesio de Fiji, de que se convirtiera a su vez (1850). Entre tanto Tonga recogía la cosecha de lo que Oliver llama la Pax Missionis: los misioneros de la WMS eran los únicos consejeros del rey, que había alterado históricamente la tradición político-jurídica nacional, introduciendo conceptos ajenos a la mentalidad tonganesa, como el individualismo, e instituyéndose el «Día del dinero», que venía a sustituir la antigua ofrenda de primicias a los dioses. Tras la secesión de la Iglesia Wesleyana, se creó otra nacional e independiente, que afianzó el poder de los misioneros.

Los ejemplos podrían multiplicarse. Pero bastan estos para constatar la enorme influencia que la actividad misionera ejerció sobre las demográficamente débiles monarquías isleñas.

Hacia 1860 la preponderancia misionera declina, como consecuencia de la política impe-

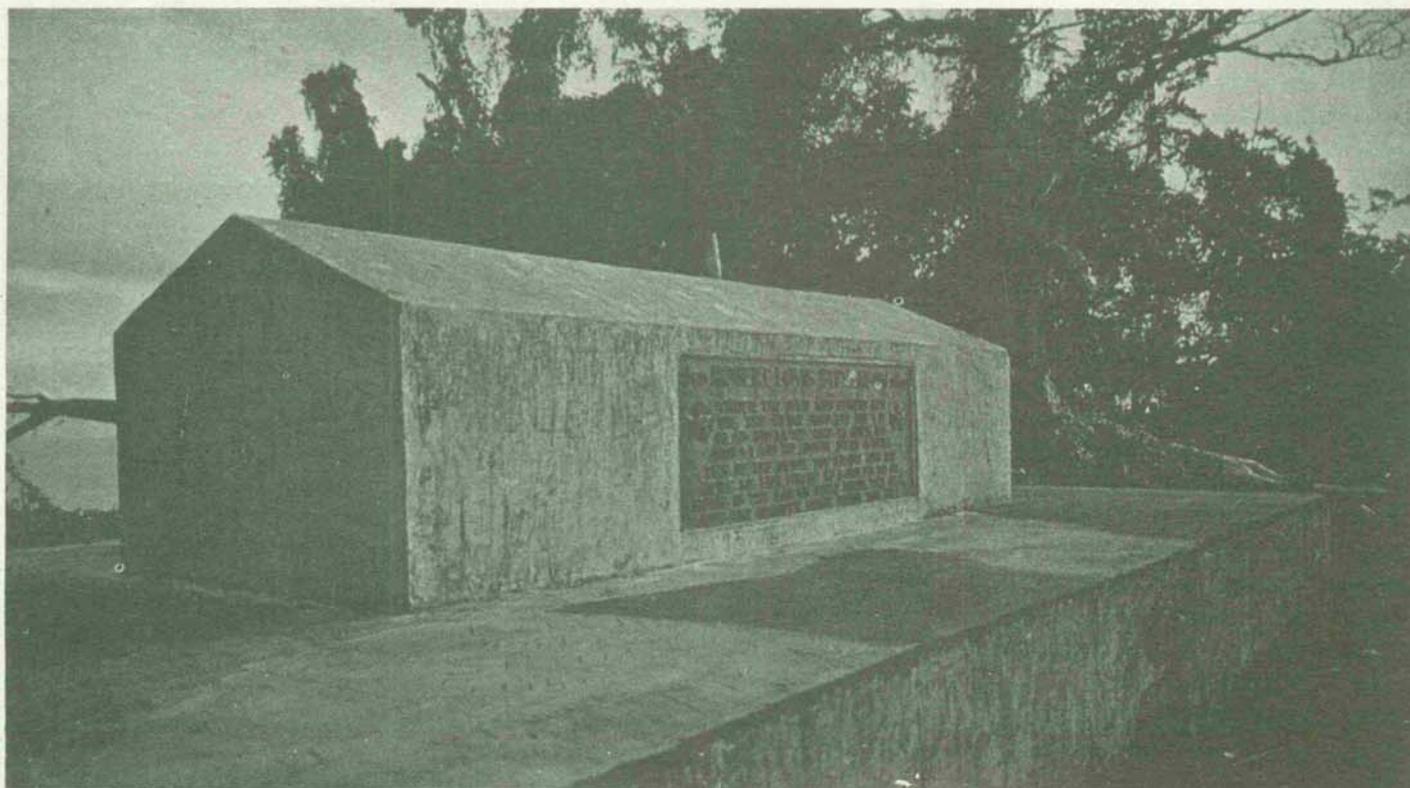
rialista directa, cuando se entabla una nueva y no menos brutal competencia entre Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. El hallazgo del oro californiano (hacia 1850) revaloriza la costa del Pacífico e interesa a Washington por una franca expansión oceánica, ahora más que nunca tras el impulso imperialista renovado de Francia con Napoleón III y tras las primeras apariciones de los alemanes. Los británicos, por su lado, serían incitados por los colonos australianos y neozelandeses, y por los capitalistas londinenses, a anexionarse algunos archipiélagos. Hacia 1885 los misioneros, como factor político, habían sido definitivamente apartados.

BALANCE

¿Cuál es el balance de la actividad misionera en Oceanía? ¿Qué influencia ejercieron pastores y sacerdotes sobre las sociedades oceanianas, qué hábitos introdujeron? «La

conversión de los paganos —dice Oliver— proporcionó tantos beneficios económicos o políticos a los blancos dedicados a ellos como los proporcionaría la implantación del monocultivo del azúcar en Hawaii o de los fosfatos en Nauru».

Sobre unos dos millones largos de insulares, unos 750.000 fueron «evangelizados», dos tercios por los católicos, el resto por los protestantes. Los protestantes, fieles al control indirecto, tendían a formar catequistas y ayudantes, intermediarios entre ellos y el pueblo; los católicos preferían el contacto directo. Los primeros tendían a crear iglesias cristianas independientes; los segundos a centralizar. Si unos conseguían su dinero por medio de colectas y negocios, los otros, dependientes todos de París, lo recibían de la metrópoli, sin desdeñar el conseguido **sur place**. Como en América, protestantes y católicos difirieron en el modo de cristianizar: aquéllos atacaban frontalmente a las reli-





Los habitantes de Micronesia quedaron muy pronto, en buena parte, dentro de la órbita misional española, por lo que las demás influencias misioneras fueron escasas. Vemos en la foto a Dapoi, actual jefe de Gagil, en las islas Carolinas.

giones locales, eliminándolas si podían; éstos, se mostraban más elásticos y adaptables, y preferían ir paso a paso. Para los católicos era más importante el número de conversos que su calidad, en tanto que los no católicos insistían sobre ésta última.

A la gran diversidad cultural oceaniana los misioneros opusieron e impusieron, como también harían los europeos en América, la monotonía cultural, religiosa y lingüística, favorecida, entre otras cosas, por la voluntad expresa de no respetar lo autóctono y por una ignorancia total de la historia y las civilizaciones no europeas.

El daño causado sobre sociedades estables, equilibradas, sensatamente organizadas, rebosantes de placer de vivir, respetuosas con la naturaleza y ajenas a los graves tabúes occidentales, fue extremadamente importante. Penetraron en las islas hábitos que los oceanianos consideraban absurdos, como la abstinencia sexual o el pudor físico, o negativos, como el alcoholismo —fomentado por los misioneros-vinateros franceses—, el homosexualismo, el lucro, etc.

Es cierto que en más de una ocasión los oceánicos aprendieron nuevas técnicas, nuevos oficios, conocieron productos antes inexistentes; que les fue mejorada la sanidad; que muchos de los posteriores abusos coloniales fueron evitados o aminorados por los misioneros. Pero, salvo excepciones, lo que importó fundamentalmente fue la evangelización, por encima de otras consideraciones.

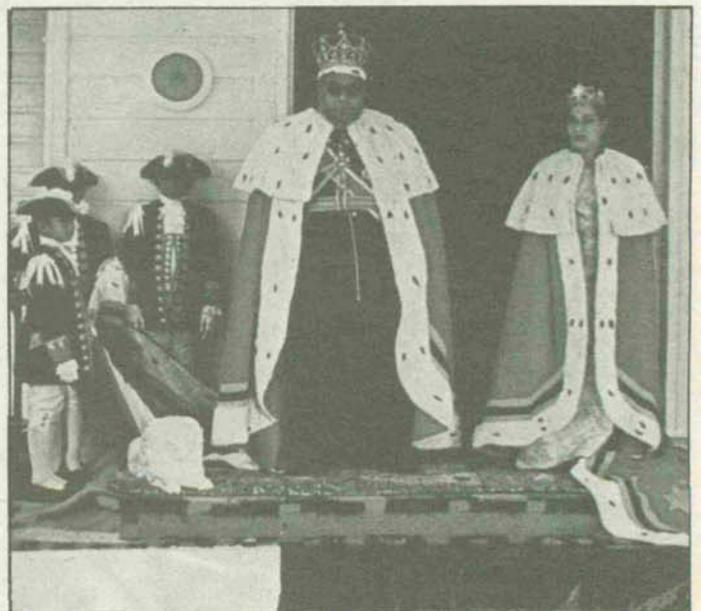
Al ser el cristianismo una religión esencialmente proselitista, la evangelización se convertía en obligatoria, al menos teóricamente, y por lo tanto

formal. Lo que lejos de cristianizar, perpetuó, por fortuna, las tradiciones locales.

La mayoría de los misioneros no respetaron las costumbres isleñas, y se afanaron en ocasiones en destruir sus patrimonios culturales y artísticos («destruyamos los fetiches porque ocupan el sitio de Dios»). Y se llevó a cabo una vasta, pero siempre profunda, labor de barrido contra las filosofías y religiones locales que pudieran competir con el cristianismo.

Se trató de remodelar el comportamiento social de los individuos, imbuirles del individualismo europeo. Se impuso a las mujeres, que solían llevar el busto descubierto, amplios camisones, y las enfermedades de piel se multiplicaron espantosamente. Se prohibió que hombres y mujeres mantuvieran relaciones sexuales prematrimoniales —como era, y es, en parte, de rigor en la enseñanza social del adolescente—, y ni siquiera se les permitía comer juntos, acercarse por la noche —para evitarlo se les colgaba farolillos de distinto color a ellos y a ellas para evitar las aproximaciones fraudulentas—.

Revistió importancia la lucha



Pertenciente a la dinastía Tu'i Tonga, Tupou IV, actual rey de Tonga —al que contemplamos—, es el descendiente de aquellos monarcas cristianizados por los misioneros Wesleyanos. Pero hoy la Iglesia (cristiana) de Tonga, país independiente, es soberana y nacional.



Numerosas deidades oceanianas, como estos Espíritu del Tiburón o Men-ar-ta-lu, de los isleños de Santa Cruz (Melanesia), y dios del mar Tangarua-Upao-Vahu (islas Rurutu, Polinesia), quedaron derrotados para siempre por el dios de los europeos. Pero el balance, negativo, de la penetración misional y luego colonial occidental, no se reduce tan sólo a unos cuantos dioses perdedores...

podieron charlar Firth o Malinowski. Sino el fruto de siglos y milenios de esfuerzos, de *hallazgos*, de crisis y luchas, como los habían tenido todas las sociedades de la Tierra para tratar de adaptarse a su entorno y a sus actos.

Terminemos diciendo que el período misional fue sólo el prólogo, demasiado terrible y prolongado, de una etapa posterior aún más brutal, que aún hoy no ha concluido del todo, pese a las independencias de Fiji y Tonga, de Papúa y Samoa, de Nauru... ■ C. A. C.

contra la antropofagia, sin que los oceanianos, y en especial los polinesios, comprendieran siempre el por qué de su prohibición: «¿Por qué no nos dejáis comer carne humana —decía un ministro marquesano a los católicos—, si vosotros, cuando comulgáis, coméis la sangre y el cuerpo de Cristo?».

El choque religioso, luego el colonial directo, produjo el desarraigo temporal o definitivo de las sociedades y contribuyó al estallido de rebeliones armadas y a la eclosión de nuevas ideologías —entre

éstas citemos los cultos *cargo* y el *Vailala*—. Con todo, la pérdida cultural fue, en general, irreparable, no sólo desde un punto de vista humanitario, o desde una perspectiva antropológica, sino en un sentido notablemente más amplio y profundo: las civilizaciones destruidas no eran simples ambientes para «artistas europeos cansados de la vieja Europa», simples paisajes de Gauguin, o escenarios para un Stevenson o un Melville, ni siquiera mundos muertos, reducidos a dos o tres viejas piedras o a un «indígena» con short y gafas con el que

